



EL GRITO ARGENTINO.

Montevideo: ABRIL 21—1839.

¡OÍD, MORTALES, EL GRITO SAGRADO
LIBERTAD, LIBERTAD, LIBERTAD!

NUMERO 16.

¡ABAJO EL TIRANO Y COBARDE JUAN MANUEL ROSAS !....
¡VIVA LA PATRIA! ¡VOLVAMOS A TENER LEYES
Y DERECHOS! ¡SALGAMOS DE LA HORRIBLE MI-
SERIA EN QUE EL TIRANO HA HUNDIDO A LA NACION!

Este es el deseo de todos los buenos Patrio-
tas es el clamor general de Buenos - Aires, de su
Compañía, y de las Provincias : es, en fin, el GRITO
ARGENTINO.

El poder de Rosas estriba todo en la mentira.—Un
encuentro tuvo lugar entre las armas Correntinas y En-
trerrianas, en que la victoria, ó quedó indecisa, ó solo
consistió en que los primeros perdieran el campo de ba-
talla; y Rosas publica que aquel lance de armas fué el
exterminio de los Correntinos, que tuvieron nada ménos
que *mil y seiscientos muertos*. ¡Qué descaro! Echagüe
mismo, el mico Echagüe, no se atrevió á mentir tanto; y
solo dijo en su parte, que los muertos eran *seiscientos*;
pero Rosas le aumentó, de su cuenta, nada ménos que
mil mas.—No es esto un cálculo, ni una suposición. Hai
en Montevideo cartas de la misma Bajada, de la Capital
de Entrerios, que se refieren al parte de Echagüe, y di-
cen que los muertos fueron *seiscientos*, segun aquel:—y
aun esto saben todos que es exagerado:—tambien dice la
misma carta que Echagüe estuvo en peligro, y que hubie-
se perdido la accion á no ser la muerte del Jeneral en Je-
fe de los Correntinos, en cuyas filas entró entonces la
confusion.

Lo mismo sucede respecto de la pérdida de los En-
trerrianos. Echagüe, ó Rosas, que es lo mas probable—
allá al fin de una posdata, dice que la pérdida fué mui
eorta: pero las cartas á que nos referimos, aseguran que
los Entrerrianos perdieron *treccientos hombres*; y esto, lo

repetimos, se escribe de la misma Bajada. Iguales no-
ticias han llegado por la frontera del Uruguay.

Se asegura por lo demas, que la causa de Corrientes
está en pié: tan vigorosa como al principio, y aquella
provincia benemérita, animada ántes por el sentimiento
de la Libertad, lo está hoy ademá por el deseo de repa-
rar lo poco que ha perdido, y de arrojar de su territorio
á un enemigo rapáz, y ministro de un verdugo.

El tirano ha dado un *Decreto*, prohibiendo bajo gra-
ves penas, todo trato y contrato en que entren onzas de
oro. Luego ha de haber gentes que digan todavia que
Rosas no ataca las propiedades. Las onzas son hoy lo
mismo que los ganados, ó tierras, ó casas, ó cualesquiera
otros bienes, que sería una barbaridad el prohibir que se
vendiesen. Si al menos el bribón de Rosas, y los bribones
Anchorenas que le han aconsejado esa medida, hubiesen
señalado un plazo para que ella empezase á regir, sería
mas tolerable; porque hay muchos hombres que tienen
oro y plata para negociarlo, como que no era prohibido
el hacerlo. Ese oro y plata les habia costado su sudor:
se les prohibe de repente el venderlo; y si no les hace
cuenta el mandarlo fuera del país ¡qué harán con él?
¡Ó! Aquí está la cosa. El paquete ingles estaba en
Buenos Aires: Rosas y los Anchorenas compran y ha-
cen grandes acopios de onzas de oro, para mandar á In-
glaterra en todos los paquetes; y el modo de comprarlas
a mejor precio, es dar ese *Decreto*; porque desde que
nadie compra onzas, los que las tienen pará vender, se
ven obligados á darlas mas baratas, por no haber sido un
comprador, que es Rosas y sus primos. ¡A ladrones,
ladrones!



Los hacendados, los labradores y demas vecinos de la Campaña, han sido los mas cruelmente engañados por el sin vergüenza y pérfido Rosas. Cuando se le nombró Gobernador en 1835, creyeron de buena fé que todo iba á mejorar; que la Provincia disfrutaria de felicidad; que la Hacienda pública seria bien administrada; y que ya podrian trabajar todos, sin temer que Rosas abusase de las facultades extraordinarias, empleandolas solamente contra los asesinos, los ladrones y demas hombres perjudiciales.

Pero muy pronto empezaron á desengañarse: en vez de reunir los ánimos y de proteger las personas y las propiedades de todos, proclamó y fomentó las divisiones mas odiosas entre los que él llamaba *unitarios* y *federales*; ordenando las divisas con su retrato, y con los letreros *mueran y vivan* que debian cargar aun los niños de las escuelas: se impusieron contribuciones con el nombre de *empréstito voluntario*, ya de *dinero*, ya de *ganados* y *caballos*: se llenaron las cárceles y cuarteles de los hombres mas pacíficos y honrados de la ciudad y campaña: se autorizó y premió el mas vil espionaje: se destinó á las armas á muchos vecinos, padres de numerosa familia y trabajadores; fusilandolos, si no asistian á una lista, ó si desertaban, por no pagarles, para buscar con que dar de comer á sus hijos: en algunos pueblos de campaña se nombró un *déspota* y no un *Juez de Paz*. Bastaba el menor informe de este para prender y castigar sin oírles al pobre vecino: nadie podia quejarse por los perjuicios de mezclas de sus haciendas ó ruinas de sus sementeras, cuando el que los causaba era algun protegido del tirano Rosas.

Se han impuesto recientemente otras contribuciones como la de *marcas*, *carretas* &c. y se han doblado las contribuciones directa y del papel sellado. ¿Y defendereis todavia, compatriotas de la ciudad y campaña de Buenos Ayres, á este malvado, hipócrita, mas ladrón que todos los que fusila por tales? ¿Al infame asesino Juan Manuel, que así paga los sacrificios de los campesinos?

Se engaña Juan Manuel, decía ahora poco un buen labrador, si cuenta con los de la campaña, cuando se vea mal: apenas alcanza mi cosecha para pagarle tantas contribuciones, y este era el que nos prometió mil veces la mayor protección. Nuestros ganados nada valen, le contestaba un hacendado; no hay quien los compre sino muy tirados, estamos en la mayor miseria sin tener en que ganar un peso. Todo está por las nubes, la yerba, el tabaco y el papel por los suelos, y con los diez y ocho millones que ha echado á luz, bien podemos dar por enterrado al tal papel; y todo, todo por los caprichos de ese loco de Juan Manuel, que por haberse metido con Baele, nos ha hecho bloquear por los franceses. ¿Dios sabe hasta cuando!

Rosas ha hecho repicar, y hacer salvas de artillería, por la batalla de los Entrerrianos y Correntinos; es decir, porque los argentinos se han degollado unos á

otros, por defender á Rosas los unos; por libertar á su pais los otros. ¡Sacrilego! Se regocija en la destrucción de sus compatriotas; festeja, con aclamaciones, y fuegos de artificio, la sangre argentina derramada por él, por su tiranía y el sonido de las campanas, que hace repicar, anuncian los funerales de inmensas victimas, y las lágrimas de trece provincias.

¿Y porqué permiten tanta calamidad los que pueden evitarlas? ¿Quienes deben ceder en esta lucha? ¿Los que pelean por un hombre, por un tirano, ó los que combaten por ser libres, por no dejarse degollar, como corderos! Esto decimos á los hombres que empuñan las armas por Rosas: preguntamos al Jeneral Pacheco, al Jeneral Rolon, al Jeneral Pinedo, al Jeneral Vidal, á los jefes todos, que sostienen al tirano, ¿desearian ellos que se les decorase con el nombre de *Vencedores del Pago Largo*? ¿Desearian recibir una medalla, que recordase que habian derramado sangre argentina, por sostener á D. Juan Manuel Rosas?—No lo creemos.—¿Que hacen, pues? ¿Porqué le sostienen? ¿Porqué no ahorran la sangre de tantos compatriotas, precipitando al malvado del puesto de donde envilece al pueblo que degüella? ¿Que temen? El dia que ellos lo quieran cae Rosas; y ese dia cesan las calamidades todas de la República; ese dia la patria les saludará con el nombre de sus Libertadores.

Segun el parte oficial que se ha publicado con fecha 18 del corriente, el Tirano ha perdido todos los buques y lanchones que tenia en el Uruguay, y hoy no cruza aquel rio ni un bote suyo. Aquellos buques servirán muy pronto contra el opresor. Estaban completamente abandonados, porque el vencedor Echagüe habia tenido que arrastrar consigo hasta los pocos hombres que los guardaban, para no esponerse á un descalabro; y despues de quince dias de su decantada victoria, no habia mandado ni un hombre á guarnecer el Arroyo de la China, ni otro punto ninguno de la frontera del Uruguay. El Coronel Nuñez la ha invadido y recorrido libremente, quitando al enemigo sus artículos de guerra, sin hallar la menor oposicion.—¿Que tal la victoria completa de Echagüe.

Las Cuentas del Gran Capitan.

¿Y que otra cosa hace Rosas, cuando tiene que presentar las famosas cuentas de gastos, que poner en conocimiento de los Representantes las cuentas del Gran Capitan, como suele decirse? Es imposible que haya un hecho mas escandaloso que el que vamos á referir, en la historia de los ladrones escrita y por escribirse: al menos que demuestra la ninguna delicadeza de un hombre que la echa de honrado. Oigan pues:—

Cuando el Tirano volvió de su cacareada expedicion al Sud, en la que estuvo metido en el carretón tomando buen vino, té y café, debió presentar las cuentas, se entendié á su antojo, para que la Contaduría les pusiera el *Visto Bueno*. Así debió ser, para cumplir con lo mandado; pero ¿cómo serian ellas que no se atrevió á hacerlo? y aguardó, callado la boca, hasta que le nombraron gobernador, y entonces pasó las dichas cuentas, haciéndole cargo á la Patria de mas de cien mil pesos á favor suyo; es decir, tras de cuernos palos. Nada hizo en la expedicion, y salió todavia reclamando cien mil

pesos despues de los millones y mas millones que habia derrochado. Y para esto, esperó verse en el puesto para aprobar él mismo sus propias cuentas.—¿Qué farsa!! ¿Cómo se las habia de aprobar el anterior gobierno?

Digase ahora si un hecho semejante, que todos pueden ver en las gacetas de aquel tiempo, se halla en ninguna parte; y si con tal manejo es extraño que esté nandando en plata el ilustre Juan Manuel?

Rosas ha publicado una carta, que dice escribió él á Quiroga, á quien poco despues hizo degollar. La fecha de la carta es 20 de Diciembre de 1834, en la hacienda de Figueroa en San Antonio de Arco. Esto es mentira, por que en esa fecha, no estaba Rosas en semejante lugar; y Quiroga iba ya caminando para Córdoba. El objeto de la carta, era convencer á Quiroga de que no convenia tratar de organizar la nacion argentina, ni pensar en constitucion ni congreso. Algunas de las razones que dá Rosas, esto es, que dá el que redactó esa carta, son buenas; pero es cosa de reirse á carcajadas el oirlas en boca de Rosas; porque son copiadas de los diarios del último Congreso.

Cuando se trató en el Congreso de si la nacion se habia de organizar bajo la forma de unidad ó de federacion, los que estaban por la unidad, decian lo mismo, mismísimo que hoy alega el unitario Rosas: decian que no era posible la federacion, que no habia poblacion, capitales, luces, ni nada de lo que es necesario para eso. Rosas, los Anchorenas y demas hombres, que llevaban la contraria, decian que era muy posible y muy útil; y tanto gritaron, que el congreso vino á tierra. Siguió la guerra civil, gritando Rosas federacion: se obligó despues en un tratado á establecer en forma el sistema federal, cuando se acabase la guerra contra el general Paz: se acabó: Quiroga y las provincias le exigen que cumpla su palabra; y entonces sale él oponiendose, y alegando que no es posible; que no hay poblacion, capitales, luces &c.

¡Provincias Argentinas! ¡ved pues quien es el que os ha engañado! Vosotras quereis que la Nacion se reuna y constituya bajo alguna forma: se os decia antes, que ya que no podía ser la forma federal, fuese la otra; y segun la carta de Rosas, son tantas las cosas que necesitais para reuniros bajo la federal, que es de toda imposibilidad que las tengais ni de aquí á cincuenta años: de modo que, segun Rosas, debeis estaros sin constituirlos hasta el siglo que viene; y por consiguiente, debeis seguir aislados, pobres, sin respetabilidad, y bajo el hermoso sistema de gobiernos con facultades extraordinarias. ¡Infame tirano! ¿A quien no has engañado? ¿Qué cosa habrá de la que no te hayas burlado? Y despues de tanto invocar la federacion, y de tanto gritar mueran los unitarios, ¿tienes la desvergüenza de publicar hoy, y de declarar bajo tu firma, que la federacion es imposible, y que sería muy perjudicial el reunir bajo ella á la nacion.

Muchos hermanos se reunieron: promovieron y siguieron un gran pleito contra uno que les habia usurpado su herencia. Despues de diez y seis años, de mil fatigas y gastos, ganaron el pleito y recuperaron su herencia.—Ya somos felices, dijeron. Volvieron á jurar no separarse, y componer siempre una sola familia. Para esto convinieron en que era forzoso construir una casa para todos. Pues señor, manos á la obra.—A nosotros nos parece (dijeron algunos de ellos) que sería mejor que la casa fuese de ladrillo, con pocas divisiones.—No señor (dijeron otros): debe ser de piedra, con las divisiones correspondientes á cada uno de nosotros, y tener cada

uno mesa aparte, muebles aparte, y criados aparte.—Pero si eso no es posible (replicaban los primeros): eso es perjudicial: nuestro capital no alcanza para esto: hagámonos por ahora una casa de ladrillo, pero decente: acomodémonos en ella como podamos; pero entre tanto nos sobrará algun capital: lo pondremos en giro, trabajaremos, adelantaremos, y entonces tendremos una casa mejor.—No señor, no señor (gritaron los segundos): una casa de piedra es lo mas conveniente y lo mas fácil del mundo: los ladrillistas son unos pícaros; que dicen eso porque quieren manejar ellos el capital sobrante para robarnos y oprimirnos.—Mienten los pedristas (gritaron los otros): queremos lo que es posible y nada mas.—Que sí.—Que no.

La cosa se enredó tanto, que fueron á pleito. Unos y otros nombraron varios apoderados; y los pedristas nombraron á Timoteo, á Teclo y á Panfilo. ¡Que acaloramiento en este pleito! ¡Que bullanga! ¡Que insultos! ¡Que intrigas! Al fin los pedristas ganaron el pleito, gracias á Teclo, y se decidió que todo el capital de los hermanos se manejase solamente por Timoteo, Teclo y Panfilo, para que con él procediesen á formar la casa de piedra. ¡Que gozo tuvieron los pedristas! Ya somos felices, digeron.

La mayor parte del capital se puso en manos de Timoteo, á quien se creía un buen hombre. Pasaron tiempos, y Timoteo no soñaba ni siquiera en acopiar materiales. Entonces todos los pedristas, teniendo á su frente á Teclo, que habia sido el que mas habia trabajado en el pleito, exigieron de Timoteo el cumplimiento de lo tratado.—¿Qué es lo que ustedes dicen? (contestó Timoteo.) ¿Están ustedes locos? ¿Pues no ven que eso no es posible, y sería perjudicial? Nuestro capital no alcanza para eso.

No desistió Teclo: fué á ver un terreno aparente para hacer la casa; pero Timoteo le hizo dar un garrotazo: despues murió Panfilo. Timoteo siguió gritando mueran los ladrillistas impios, asesinos feroces; pero entretanto se quedó en el goce exclusivo del capital, y la casa se quedó en verémos.

Una reunion de Patriotas.

En vano alcobarde Juan Manuel se le ha metido en la cabeza que ha de tratar á los paisanos como á perros, pues que todo se lo debe á ellos. Los paisanos lo han puesto donde está, y el pícaro tirano no quiere parar hasta acabar con el último pobre. Los buenos campesinos no le temen, no; así es que se nos pide el grito de muchas partes de la campaña de Buenos Ayres; y nos consta del modo mas positivo que cuando llegan á agarrar uno, lo leen en rueda, en los ranchos, pulperias, carreras, y al instante manifiestan cuales son en el dia sus disposiciones contra el flojonazo Juan Manuel.

¿Como no han de gritar abajo el tirano y como no lo han de voltear, si no solo ha fusilado ese pícaro á tanto hombre que valian mas que el cien veces, sino que se quiere quedar con las tierras de los pobres? Con razon dice ahí un paisano, que el papel habla la purita verdad, por que no hay bicho que no esté viendo todos los dias las cosas que hace Juan Manuel con tan mala intencion, que á nadie sino á un pícaro se le ocurren. Es verdad que nada le importa la ruina y miseria de la tierra, mientras el ladron llena la bolsa junto con los primos, los cuales, si los dejarán, vendrian á ser dueños de todo el pais, pues ese camino llevan, si no se les ataja con tiempo.



Una Reunion de Patriotas.